

0878. ¿Apóstatas? ¡No! Siempre fieles

Uno de los personajes más interesantes de la historia moderna de Francia fue Clemenceau. Héroe nacional en la Primera Guerra Mundial, era meritísimo de la nación, pero a la vez resultaba inaguantable por su mal carácter. Se le temía más que a un dictador. Religiosamente era aún peor, un cínico completo. Pues bien, un día va a visitarle una Hermana de la Caridad, y espera a que Clemenceau, Jefe del gobierno, acabe la sesión con sus Ministros. Al verla, exclama el Presidente:

- *Miren ustedes, señores Ministros! Esta es la Hermana que me atendió cuando estuve enfermo. ¡Qué buena que era! Hasta llegamos a hacernos amigos.*

Era difícil para uno como él hacerse amigo de una religiosa, pero así fue. Y añadió el Jefe:

- *Por cierto, Hermana. ¿Sabe que todavía no me he bautizado?*

Clemenceau lo decía por sorna. Pero la Hermana, sin miedo ante aquel hombre temido en toda Francia, responde muy serena:

- *¡Mejor! Así no es usted un apóstata.*

El cínico de Clemenceau se vuelve a sus Ministros, y les comenta:

- *Señores, esto va para ustedes, que están bautizados.*

Por desgracia, aquel Jefe decía una gran verdad. Su respuesta tiene hoy mucha aplicación en la vida de algunos bautizados, que recibieron de Dios el don de la fe, pero que no viven según su fe, y vienen a ser unos apóstatas y unos renegados prácticos de su fe bautismal.

Por lo visto, no es éste un fenómeno demasiado nuevo, sino que debió darse ya en la Iglesia de los Apóstoles, pues la Carta a los Hebreos les advertía a algunos de aquellos cristianos primeros: *Estad atentos a que ninguno se aparte de la gracia de Dios. Que ninguna raíz de amargura sofoque la buena semilla, para que no haya entre vosotros algún profano como Esaú, que por un plato de comida vendió su primogenitura* (Hebreos 12,15)

Estas palabras apuntan a tres males que atentan contra la fe y que llevan a la incredulidad, hasta hacer perder la gracia de Dios. Son los resentimientos, el orgullo y la sensualidad. Por ellos el bautizado puede abandonar la vida bautismal y —vamos a utilizar palabras del San Pablo— se hace peor que un infiel. Nosotros, que no queremos semejante mal en nuestras vidas cristianas, nos prevenimos contra estos tres peligros para vivir siempre bien alejados de ellos.

El mal más grave que le puede venir a la Iglesia no es la persecución que causa mártires. La Iglesia está muy acostumbrada a dar la sangre, que se convierte en semilla poderosa de crecimiento. Lo que teme la Iglesia es la escisión dentro de su mismo seno. La apostasía de hijos suyos —que se pasan con armas y bagajes al enemigo—, es el peor de los males y el que más tememos. ¿Y de dónde procede este mal?

Nos lo acaba de decir ese texto de la Carta a los Hebreos: la raíz de la amargura. ¿Por qué tienen que sentirse descontentos en la Iglesia? ¿No han recibido en su seno la fe verdadera de Jesucristo? ¿Qué mal les ha hecho la Iglesia su Madre?... A poca historia que sepamos de la Iglesia, sabemos de memoria que ha sido siempre el orgullo y la ambición lo que ha movido las separaciones más dolorosas. Esto nos hace a nosotros apoyarnos cada vez con más firmeza en la Roca, en la autoridad de nuestros Pastores. Estar con nuestros Obispos unidos en el Papa es tener segura la perseverancia en la Iglesia.

El orgullo es incompatible con la fe. Quien no baja la cabeza ante un Jesucristo que enseña y confía su verdad a la Iglesia, no puede perseverar. A principios del Siglo Veinte hubo un apóstata famoso, corifeo del modernismo, a quien el Papa San Pío X le tendió la mano con solicitud más que de padre, y encargó al Obispo del sacerdote rebelde:

- Cuando se presente la ocasión, trátele con bondad, y si él da un paso hacia usted, usted debe dar dos pasos hacia él. Así el Papa y el Obispo.

Pero el apóstata, obstinado, comentaba: *Espero un incidente que me haga salir de la Iglesia, en la que continúo sin fe, sino sólo por oportunismo. Yo no rompo el lazo que me une con la Iglesia, pero si la Iglesia lo rompe, yo me alegraré mucho.* Ante semejante obstinación, y ante el mal que causaba con sus escritos, la Autoridad de la Iglesia lo hubo de excomulgar. ¿Qué respondería después semejante orgulloso ante el tribunal de Dios?... (Loisy. Murió, sin retractarse, en 1937)

Y, como siempre, la otra causa que lleva a muchos a romper con su fe es la irregularidad de su conducta. Como no les va bien estar en lucha contra su coincidencia, lo mejor que les resulta es apartarse de una fe y una doctrina que les impone serios deberes morales. Pero la ley de Dios está sobre nuestras opiniones. Las leyes de la patria nos las dictamos nosotros por medio de nuestros assembleístas, elegidos por nosotros democráticamente en unas elecciones libres.

Podemos cambiar —y cambiamos cuando conviene— la misma Constitución.

Pero Dios no procede así. Dios ha dictado su ley, y la ley de Dios es eterna, subsiste por siempre. Quien no está conforme con esta ley divina —escrita en cada corazón y confiada por Jesucristo para su interpretación y alcance a su Iglesia— la abandona y se pasa a otra ley inventada o interpretada por los hombres a su libre antojo.

Si, para no perder la fe, hay que estar al tanto con la cabeza, hay que vigilar mucho más el corazón...

Aquel Jefe francés no era apóstata porque ni se había querido bautizar, y sólo Dios sabe cómo pararía su alma. Nosotros nos sentimos felices con ser unos bautizados y permanecer fieles a nuestra fe católica y apostólica. Estamos tranquilos, y sabemos que no nos arrepentiremos al final de haber perseverado en la fe, recibida de nuestros padres en el hogar y de la Santa Madre Iglesia...